

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 25 Noviembre de 1893

Núm. 78

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^A, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



LUIS DE EGUILAZ

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B.—**SILUETAS MODERNAS:** Eguilaz, por EDUARDO ZAMORA CABALLERO.—**MÍ ÁLBUM:** En una pandereta.— A una fuente medicinal.— El teatro Real (poesías), por SALVADOR RUEDA.— **MARRUECOS:** Tánger, por EDMUNDO DE AMICIS (continuación), traducido del italiano por C. V. DE V.— Mujer (continuación), por EMILIA PARDO BAZÁN.— Nuestros grabados.— Mesa revuelta.— Recreos instructivos.

Grabados. — Luis de Eguilaz, dibujo de J. DIÉGUEZ.— Un tribunal en Marruecos, cuadro de TOMÁS MORAGAS.— MARRUECOS. Moro con traje de gala.— El santón.



Crónica

Un grito de indignación, no sólo en España sino también en toda Europa, produjo el inaudito crimen cometido en el Teatro del Liceo de Barcelona en la noche del 7 de Noviembre. Los que lo cometieron y lo llevaron á cabo no pueden tener de hombres más que la figura: ni las fieras llegan á su espantable perversidad. Ningún crimen puede nunca excusarse, por ningún concepto, pero hay crímenes que se explican. El del Liceo no tiene explicación de ninguna clase. Es el afán sólo de matar por matar, de quitar la vida á seres del todo inocentes, quizás para sembrar el terror en la sociedad que quisieran destruir de raíz los anarquistas. El terror que causó aquel abominable suceso en Barcelona no puede describirse. Veíase pintada en todos los rostros la angustia, en primer término por las víctimas que la explosión de la bomba había causado, y en segundo porque no había quién no pensase que, en la inseguridad en la cual vivimos, crímenes como aquél pueden repetirse. ¡Dios aleje de nosotros tamaña desgracia! El entierro de los muertos en el Liceo y de los que fallecieron luego en sus casas por causa de las heridas que recibieron, fué un acto impONENTE, conmovedor, tristísimo. Un cielo gris y la lluvia abundante que caía aumentaron el tétrico aspecto de aquella ceremonia, á la que asistieron todas las autoridades, el Ayuntamiento, todas las sociedades é individuos de todas las clases de Barcelona. S. M. la Reina Regente, siempre buena y siempre cariñosa, telegrafió al general Martínez de Campos encargándole que visitase á las familias de todas las víctimas y en su nombre les diese el más sentido pésame, encargo que cumplió el noble general recibiendo en todas las casas las más inequívocas pruebas de la gratitud con que había sido recibida esta nueva muestra del maternal corazón de nuestra augusta Soberana. Con el crimen del Liceo los teatros han quedado muertos, ó poco menos, en esta temporada. No hay que decir que el Gran Teatro no se abrirá en largo tiempo, porque nadie acudiría á él. Los demás también quedan quebrantados, y en los días inmediatos á la catástrofe fueron contados los concurrentes que á ellos acudieron. Numerosas familias sacan de los teatros su sustento, que ven amenazado este año por el acto nefando de hombres que sólo se gozan en la destrucción y en la muerte.

Tras de la pena originada por la muerte de las pobres víctimas, la opinión unánime pedía que se adoptasen medidas extraordinarias para perseguir á los anarquistas y contener el anarquismo. Abrigábase el temor de que el Gobierno, por escrupulos de liberalismo, no quisiese adoptarlas, mas pronto vino la noticia de que la *Gaceta de Madrid* había publicado un decreto suspendiendo las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona. Aunque es bastante ridículo que esta medida no se extienda por lo menos á toda Cataluña, algo es algo, ya que, gracias á ella, podrán dictarse medidas algo más eficaces contra los perturbadores de la sociedad. Lo que importa ahora es que las autoridades se hallen á la altura del encargo que se les confía, y que se muestren perseverantes y energicas. Pero todo cuanto se decrete resultará inútil, en último término, si no se procede también en seguida á impedir la propaganda anarquista que se hace por medio de periódicos, folletos y reuniones. Esto y la propaganda opuesta, la propaganda cristiana y católica, ha de ser lo que, junto con los medios de represión y los preventivos que fueren necesarios, ha de acabar con este virus que se ha desarrollado en la sociedad del siglo xix, en sus últimos años, y que ha hecho correr ya raudales de sangre y ríos de lágrimas.

Casi con la catástrofe del Liceo coincidieron mejores noticias venidas de Melilla. Sabíase que el Sultán de Marruecos se hallaba animado del deseo de que no se rompiera su amistad con España y así lo manifestó, á la vez que enviaba al Riff á su hijo y á un tío suyos para imponer su voluntad á las kabilas. El Gobierno, sin embargo, con muy prudente acuerdo, no cesó en los preparativos y fué enviando á la citada plaza africana elementos de resistencia en nuestra lucha con aquellas tribus salvajes. El general Macías había llevado á cabo algunos actos energicos como los de expulsar á los moros de la Aduana y á los judíos, verdaderas víboras en el seno de la plaza. Había descubierto, además, en ella algunos depósitos de fusiles que no se destinaban por cierto para la defensa de España. Con todo esto los asuntos de Melilla presentaban un cariz más satisfactorio, que Dios haga que continúe, abrigándose la esperanza, si el Sultán persevera en sus declaraciones, de que pueda evitarse una guerra que nos costaría mucha sangre y mucho dinero.

También Inglaterra está sosteniendo una lucha con tribus salvajes en el Mashoualand en el África del Sud, lucha parecida á otras varias que ha tenido aquel poderoso Estado que cuenta con numerosas colonias. Aquel territorio estaba concedido á una sociedad que lo explotaba. Según ella, los matabeles, con su rey Lobengula, tribu salvaje vecina al Mashoualand, hostilizaba su territorio con ánimos de invadirlo. Para contener á los matabeles acordó la sociedad castigarles, para lo que armó un cuerpo de ejército que invadió el país de Lobengula, alcanzando algunos triunfos sobre los salvajes. No todo el mundo, empero, fiaba en la exactitud de estos asertos. En la misma Cámara de los Comunes fueron atacados abiertamente. Díjose allí que la Compañía británica del África del Sud había sabido que en las tierras de Lobengula existían ricos criaderos auríferos, y no sabiendo qué camino adoptar para apoderarse de ellos, inventó la especie de las

intenciones hostiles de los matabeles. El Gobierno de Mr. Gladstone ha apoyado á la Compañía, si bien ha enviado al Gobernador de la Colonia del Cabo instrucciones por las cuales se puede sospechar que tengan algún fundamento las acusaciones dirigidas contra la Compañía y que no se darían por vez primera, ni mucho menos, en la historia colonial de la Gran Bretaña.

* *

La absurda huelga sostenida por los mineros del Norte de Francia acabó al fin, no siendo concedida ninguna de las reclamaciones que se hacían y habiendo causado al trabajo nacional una pérdida de once millones de francos.

* *

Los hombres que más chillan contra los privilegios son los primeros en querer disfrutar de ellos. Léase á este propósito lo que refiere un periódico de París:

«Ha ocurrido un divertido incidente en el momento de salir anoche de Lion-Perrache el tren expreso para París. Dos viajeros se habían instalado en dos camastocadores y se negaban obstinadamente á pagar todo suplemento por ocupar aquellos puestos de lujo. En resumen, después de una larga discusión de parte de los agentes y de una violenta réplica por parte de los desconocidos, un empleado fué á buscar á un gendarme, el cual obligó á los dos viajeros á pagar cada uno los veinte francos que el personal de la Compañía P. L. M. les reclamaba en vano.

»—Vuestros nombres, les preguntó el gendarme amenazándoles con una causa.

»—Somos diputados.

»Y en efecto, los dos eran individuos de la Cámara, no de la de ayer sino de la de mañana.

»Por lo demás, ¿por qué no citarlos? El incidente era divertido; no les contrariaremos: eran MM. Sembat y Viviani, diputados de París, que volvían de una tumultuosa conferencia socialista dada en Lión en el Circo Rancy.

»En ferrocarril, señores, la tarjeta de diputado no da derecho á cama.»

* *

Aclararse al parecer la situación de la República Argentina. No es que esté curado aquel país, porque su enfermedad política continúa, mas cuenta ahora con un período de tregua que puede aprovecharse para aplicarle algunos eficaces remedios. El general Roca, al frente del ejército, ha vencido á los insurrectos en la provincia de Santa Fe, mostrándose energético en la represión. En Buenos Aires se había llamado á la milicia ciudadana, pero al notar que sus individuos eran afectos á la causa radical y al doctor Allem, la disolvió el mismo general Roca. Allem escapó, cediendo su representación al señor Delvalle, quien la aceptó con la expresa condición de que se abandonasen los medios de fuerza. Veremos si ahora sabrán aprovechar esta tregua los políticos argentinos. En el Brasil prosigue la insurrección, mas de cada día se acentúa con mayor fuerza la creencia de que á la postre logrará el triunfo el almirante Custodio de Mello.

B.

Siluetas modernas

EGUILAZ



u verdadero nombre era Dámaso Martínez. El lo encontró poco eufónico, y cuando resolvió lanzarse á escribir para el teatro, quiso adoptar otro. Felizmente no tuvo necesidad de grandes combinaciones ni de pedirlo prestado á nadie. Lo encontró hecho en su propia partida de bautismo, es decir, dentro de su misma casa. Como el segundo de sus nombres de pila era Luis y el apellido materno de Eguílaz, prescindió del Dámaso Martínez, y se encontró de la noche á la mañana, convertido en don Luis de Eguílaz, que realmente es apelativo que suena bien en los carteles. El talento del escritor no tardó en darle celebridad.

Había nacido en Sanlúcar de Barrameda, provincia de Cádiz, el año 1830. En el instituto de Jerez de la Frontera estudió segunda enseñanza, y pasó los años de la adolescencia, conservando toda su vida tanto cariño á la rica ciudad andaluza, tan célebre por sus vinos, que muchos le creían jerezano. Casi desde la infancia comenzó á dar pruebas de precoz afición á la literatura dramática, y aun no le apuntaba el bozo, cuando escribió una comedia en un acto intitulada *'Por dinero baila el perro'*. Ignoro si llegó á imprimirse, pero sé que se representó en Jerez y alcanzó buen éxito. Claro es que la obra no podía ser ninguna maravilla, y que en el aplauso del público tendría no poca parte la precocidad del autor, pero así y todo se comprende que tampoco sería un disparate, cuando hubo cómicos que la representasen y espectadores que la escucharan y aplaudieran.

El presbítero exclaustrado don Juan María Capitán, que era un notable humanista, fomentó y dirigió las aficiones literarias del incipiente poeta, hasta que éste se trasladó á Madrid con el propósito de seguir la carrera de leyes y sobre todo de lanzarse de lleno al campo de las letras. Estudió en la Universidad central con gran aprovechamiento, y aunque terminó con brillantez su carrera, tengo para mí que no llegó á sacar nunca el título de abogado.

* *

Paralelamente con los estudios universitarios marchaban las aspiraciones literarias de Eguílaz. En la Universidad podía hacer progresos, porque éstos dependían exclusivamente de su aplicación y su talento; pero en la literatura no se avanza sino con mucha lentitud. No hay carrera, ni profesión, ni oficio en que el aprendizaje sea más duro. No le basta al autor componer una obra y que ésta sea buena. Es preciso hacerla llegar hasta el público, y para conseguirlo necesita valerse de un intermediario, editor, si se trata de un libro, ó empresario si de una comedia. Ahora bien, el editor y el empresario son especuladores, que como arriesgan un capital, necesitan defendarlo. Por más que se clama contra su tiranía, es imposible desconocer que se apoya en motivos muy fundados. Ni uno ni otro tienen por objeto practicar la caridad ni

fomentar la literatura, digan lo que quieran en prospectos y programas; los dos se dedican á un negocio lícito, buscan la mayor ganancia posible, y si por añadidura logran enriquecer el arte con alguna obra maestra, no dejan de celebrarlo, pero atendiendo con preferencia al éxito. ¡Ojalá lo consiguieran siempre por el camino honrado y recto, de proporcionar al público grato solaz, sin daño de la moral ni de las buenas costumbres!

Como ni los editores ni los empresarios presumen de literatos, no pueden juzgar la obra que aceptan. Los editores, por regla general, no las leen nunca; los empresarios suelen leerlas ó hacer que las lea persona más ó menos inteligente, sin que esta lectura pueda servir más que para adquirir la certeza de que la producción no es un desatino y encaja en las condiciones de la compañía, pues en cuanto al éxito de las obras teatrales nadie es capaz de adivinarlo hasta que se ponen en escena. Muchas veces fracasan las que hicieron concebir mayores esperanzas, y son estrepitosamente aplaudidas las que se acogieron con más desconfianza.

¿Qué garantía ha de buscar el empresario? Racionalmente no puede ser otra que el nombre del autor. El que acertó una ó muchas veces, tiene probabilidad de acertar de nuevo. Pero es el caso que el principiante no tiene nombre, ni ha acertado nunca; y como es materialmente imposible que un escritor empiece por la segunda obra, es natural que el aprendiz de literato tenga que pasar por un largo y doloroso calvario antes de ver admitida la primera.

No se sustraio Eguílaz á esta regla general. A poco de llegar á Madrid comenzó á recorrer los cuartos de los primeros actores y los despachos de los empresarios, que muchas veces no son sino una misma persona, llevando debajo del brazo el original de su comedia *Verdades amargas*, y solicitando lecturas que no obtenía, ó que daban por único resultado desdenes más ó menos encubiertos, y repulsas más ó menos corteses.

Ansioso por oír los primeros aplausos de un público en el que no influyeran, como en el de Jerez, consideraciones de amistad ó simpatías personales, realizó un trabajo, bien ajeno por cierto á su modo de ser y á sus verdaderas aptitudes literarias.

Funcionaba entonces en el teatro del Instituto, que ya pocos recuerdan, una compañía dramática, que explotaba el género andaluz, bajo la dirección de don José María Dardalla, actor no desprovisto de talento, que ejecutaba á la perfección los tipos de bandidos, gitanos y majos, de aquel repertorio patibulario y canallesco.

Allí acudió Eguílaz, llevando una piececita en un acto intitulada *Mariana la Barlú*, parodia del drama de Legouvé, *Adriana Lecourreur*, que por entonces se ejecutaba con grande éxito, traducido por don Ventura de la Vega. La pieza fué representada algunas noches, y en el estrecho local de la calle de las Urosas escuchó por primera vez el poeta la música embriagadora del aplauso.

No parece sino que aquel barrio de Madrid ejercía influencia favorable para las aspiraciones de Eguílaz.

A doscientos pasos del Instituto estaba, en la calle de la Magdalena, el teatro de Variedades, que fué, hace pocos años, destruido por un incendio. Incómodo, pequeño, sucio, con butacas forradas de bayeta, que producían el efecto de un sinapismo, aquel coliseo tiene dere-

cho á figurar en la historia del arte. En la suya propia hay páginas brillantes y otras que sólo á título de curiosidad pueden recordarse.

Allí la compañía que dirigió el notabilísimo actor don Joaquín Arjona, de la que formaba parte la sin par Teodora Lamadrid, alcanzó lauros, representando notables producciones de nuestros primeros escritores dramáticos; y allí, cuando ya se acercaba al ocaso de su vida y de su gloria, el eminente Julián Romea, al frente de un cuadro de actores en que figuraban la Palma, la Hijosa y la Berrobianco, al lado de Romea (don Florencio), Oltra, Mario y Morales, puso en escena comedias como *El Café*, de Moratín, cuya ejecución no se borrará nunca de la memoria de los aficionados al teatro.

Y bajando de la esfera más elevada del arte á otra mucho más modesta, hemos de recordar que en el teatro de Variedades se verificó el renacimiento de la zarzuela.

Era empresario el señor Olona, hombre de agudo ingenio y muy entendido en asuntos teatrales, como sus hijos don Luis y don José lo eran en traducir y arreglar comedias al gusto del público. Don Luis compuso la zarzuela en dos actos *El Duende*, que puso en música el maestro Hernando. Representóse la obra, y aunque no fué mal recibida, tampoco alcanzó el éxito que el empresario deseaba para hacer un buen negocio. Pero aquí del ingenio de Olona. El día de la segunda representación vió desde por la mañana que se vendían pocas entradas, y á media tarde, cuando se persuadió de que la concurrencia sería escasa, mandó cerrar el despacho, puso el anuncio de *no hay billetes* y regaló todas las localidades. Durante ocho ó diez días repitió la misma maniobra, hasta que por fin el público de buena fe llegó á persuadirse de que la zarzuela tenía mucha aceptación y llenó de veras el teatro. *El Duende* se representó más de cien noches consecutivas.

También en Variedades nació el género bufo, que más valiera que no hubiese nacido, porque ni la moral ni el arte han ganado nada con semejante engendro. Un empresario, que no pecaba de escrupuloso, don Francisco Arderius, gran conocedor del público, echó allí los cimientos de su fortuna representando *El joven Telémaco*, libreto no desprovisto de gracia de brocha gorda, escrito por don Eusebio Blasco y salpicado con una música ramplona por el maestro Rogel.

Por último, en el mismo teatro se verificó la transformación de dar funciones por horas. Una compañía muy subalterna, dirigida por dos cómicos de algún mérito, los señores Vallés y Luján, después de hacer una tentativa afortunada en cierto teatrillo que existía en la calle de la Flor Baja, se trasladó al de Variedades, formalizó su empresa y logró, durante muchos años, el favor del público, ejecutando con bastante perfección comedias en un acto.

En el teatro de Variedades, cuya accidentada historia acabo de trazar á grandes rasgos, vió por fin Eguílaz lucir esplendorosa su estrella y formó su reputación en una sola noche.

Recorriendo salones y haciendo antesalas á cómicos y empresarios, sin lograr que su comedia *Verdades amargas* fuese admitida para la representación, ni conseguir quizás que la leyesen los que la rechazaban, tuvo el joven poeta la fortuna de tratar relaciones con don Eugenio de Ochoa, que sin ser un escritor de primer orden era un literato en toda la extensión de la palabra, por su exqui-

sito gusto, su gran erudición y su incansable amor á las letras, de las que fué toda su vida entusiasta propagandista. El bondadoso anciano (pues ya lo era entonces don Eugenio) desempeñaba la dirección de Instrucción Pública, con lo cual está dicho que figuraba entre los personajes, pues ser director en aquella época significaba algo más que ser hoy ministro. Hombre sumamente benévolos, por lo mismo que tenía mucho saber y no poco talento, complacíase en alentar y proteger á los jóvenes principiantes en quienes descubría algunas cualidades. Leyó la comedia de Eguílaz, la encontró digna de ser representada y se propuso conseguir que lo fuese. No le costó poco trabajo, pero al fin poniendo en la balanza todo el peso de su influencia logró ver realizado su propósito. El 20 de Enero de 1853 se representó por primera vez *Verdades amargas* en el teatro de Variedades, obteniendo un gran triunfo, no sólo el autor, sino la compañía de Arjona, encargada de la ejecución.

* * *

He dicho antes que la reputación de Eguílaz se hizo en una sola noche y así es la verdad.

El poeta desdoblado y casi escarnecido antes, fué desde el estreno de *Verdades amargas* el niño mimado de la fortuna. El público le colmó de aplausos, los periódicos, con la sola excepción de alguno redactado por indigesto Aristarco, apuraron el vocabulario de los elogios, y la comedia, como se dice en jerga teatral, dió mucho dinero, es decir, obtuvo en Madrid y en provincias gran número de representaciones.

El nombre de Eguílaz voló en alas de la Fama por todos los ámbitos de la Península, y ésta me parece ocasión oportuna para presentar al hombre antes de decir cuatro palabras sobre su obra literaria.

* * *

Luis de Eguilaz cuando llegó á Madrid era un muchacho guapo. Sin ser alto, tenía buena estatura y una figura gallarda. Su rostro bastante agraciado perdió muy pronto sus ventajas á consecuencia de las viruelas, que se cebaron cruelmente en él y en su inseparable amigo Diego Luque. Los dos vivían juntos y padecieron al mismo tiempo la terrible enfermedad.

Cuando les conocí habitaban un sotabanco en la calle del Mesón de Paredes, y ya Luis había dado al teatro, además de *Verdades amargas*, el drama *Alarcón* y la comedia *Prohibiciones*. Yo era entonces casi un niño, con pujos de escritor, y miraba, poco menos que con veneración, al poeta celebrado que me parecía, en cierto modo, un ser sobrenatural. Traducíase mi admiración en frecuentes visitas, que Eguílaz soportaba pacientemente. Hoy, mirando las cosas á través de los años, comprendo que mi asiduidad no dejaría de ser algunas veces molesta. ¡Inconvenientes de la celebridad! En todo caso, como he dicho, es lo cierto que Eguílaz me soportaba, y andando el tiempo, sea porque simpatizasen nuestros caracteres, sea porque los hombres, como las mujeres, acaban casi siempre por rendirse al amor que inspiran, fuimos intimando, y acabamos por contraer una amistad que sólo pudo desatar la muerte.

* * *

Tenía Luis de Eguílaz un carácter sumamente retraído. Le costaba mucho trabajo hacer amistades, pero cuando llegaba á contraerlas, era muy consecuente y hasta exagerado en el afecto. Todo lo que hacían sus amigos, milita-

res ó literatos, médicos ó pintores, músicos ó comediantes, diputados ó periodistas, le parecía admirable, y encontraba en él un defensor acérximo y entusiasta. En cambio solía mostrarse poco benévolo con los que no habían logrado su amistad. Triste, taciturno, misántropo, le he visto sonreir algunas veces, reír abiertamente nunca. Hablaba poco, y aunque tenía gracejo, no era aficionado ni á contar cuentos ni á decir chistes. En esto no parecía andaluz. Formaban su círculo íntimo el popular Antonio Trueba, Carlos Pravia, un periodista moderado de bastante talento que murió joven; Julián y Florencio Romea, Pizarroso, el editor don Alonso Gullón, que administraba sus comedias; el fundador de *El Imparcial*, señor Gasset y Artíme; el gobernador que fué de Barcelona, señor Pérez Cossío; el que escribe estas líneas y algún otro. Todos los días á eso de las tres de la tarde salía Eguílaz de su casa, iba al antiguo café de la Iberia, situado en la Carrera de San Jerónimo, se sentaba en la primera mesa de la derecha, detrás de los cristales, y allí recibía las visitas de sus amigos, y permanecía hasta que iba anocheciendo. Aquella mesa, donde el insigne poeta tomó tantísimas tazas de café, se consideraba de tal modo como una propiedad suya, que todos los concurrentes al establecimiento la respetaban. Cuando murió Eguílaz, el dueño hizo pintar en la pared sobre el asiento que generalmente ocupaba, una corona de laurel con la pluma y los atributos de la comedia, sujetos por un lazo de crespón negro. Allí estuvo aquel delicado recuerdo hasta que la casa fué derribada. Por las noches, si había función en el teatro, iba al cuarto de Julián Romea, donde pasaba toda la velada. Si el teatro estaba cerrado no salía de casa.

* * *

Al hablar de los amigos de Luis de Eguílaz he omitido de propósito el nombre de Diego Luque, porque éste era más que su amigo, y, estoy por decir, más que su hermano.

Luque es jerezano, conoció á Eguílaz en la adolescencia y le consagró desde luego una amistad que no se ha desmentido nunca. Hasta tal punto llegaron á identificarse que no se concibe al uno sin el otro, y sus dos personalidades se completaban. Juntos vivían, y eran comunes en ellos las alegrías y los pesares, el bolsillo y las amistades, las antipatías y hasta los pensamientos. Como he dicho antes, los dos padecieron al mismo tiempo las viruelas y los dos quedaron igualmente desfigurados á consecuencia de la enfermedad.

Teniendo sobradadas cualidades para brillar con luz propia en el mundo literario, como lo prueba su novela *La dama del Conde-Duque*, publicada cuando aún era muy joven, prefirió el escritor jerezano eclipsarse por completo y poner al servicio de Eguílaz toda su inteligencia, como había puesto todo su cariño.

Hombre de muy buen gusto y gran conocedor del teatro, tengo para mí que Luque fué colaborador de Eguílaz. No sé si materialmente le ayudaba á escribir las obras, pero esto á mi juicio sería lo de menos. Lo que tengo por seguro es que los dos las pensaban y planeaban de común acuerdo. Después de escrito el último verso la personalidad del poeta casi desaparecía, y entraba en funciones la de su amigo, que se entendía con los empresarios, cuidaba de disponer la época en que habían de representarse y tomaba parte principalísima en los ensayos. Cuando llegaba el día de la primera representación convertíase en jefe de *claque*, y no he conocido á nadie que desempeñara con más inteligencia tan difícil cometido. Obra dramática

que Luque tomara bajo su protección, tenía vencida la mitad de las dificultades para alcanzar un gran éxito. Si fuera francés y hubiese querido dedicarse á jefe de *alabarderos*, las empresas teatrales se hubieran disputado sus servicios y hoy tendría una gran fortuna. Dadas estas cualidades, no hay que decir si pondría en juego todos sus recursos, cuando se trataba de comedias de Eguílaz, que miraba como propias, y quizás lo eran en parte.

Ejercía sobre el autor de *Verdades amargas* una amistosa tiranía, algo así como una tutela, de que el poeta, que fué toda su vida un niño grande, tenía mucha necesidad. Luque, sin serlo demasiado, era algo más práctico que su camarada en las cosas de la vida, y le prestó siempre el inapreciable servicio de ocuparse por él en las enojosas cuestiones de intereses. Aun, así y todo, hay que reconocer que los dos amigos eran muy malos administradores. Eguílaz ganó bastante, vivió siempre pobremente, no tenía ningún vicio y jamás tuvo dinero. Vestía con modestia rayana en desaliño. En verano un traje siempre negro que llevaba hasta dejarlo raído. Al principio del invierno se ponía la capota con que aparece en el retrato, y no se la quitaba hasta la primavera. Es el último y el único español que llevó esta prenda, hasta que pasó á mejor vida. El pintor le representó con ella en el telón de boca del teatro de la Comedia. Hizo perfectamente. La capota formaba parte integrante de su persona. No se concibe cómo viviendo de este modo y logrando ingresos relativamente considerables luchó todavía con dificultades económicas. Débese indudablemente este fenómeno á que ni él ni Diego Luque brillaban por sus talentos financieros, y sospecho que cuando contraían una deuda, ya no lograban verla extinguida, aunque la pagaran seis ó siete veces. Tal eran de ruinosos los contratos que aceptaban.

Como todos los hombres de corazón sano, Eguílaz era muy agradecido. Podía olvidar los agravios, pero no olvidaba jamás los beneficios que recibía.

La memoria de don Eugenio Ochoa, á quien debió la representación de su primera comedia, fué para él siempre sagrada, y el mismo sentimiento de gratitud dedicó toda su vida á los que más ó menos directamente le habían favorecido en alguna ocasión.

Antonio Trueba contó en un escrito muy sentido, á poco de la muerte del poeta, uno de sus rasgos que merece ser consignado.

Cuando ya Luis se acercaba al fin de su vida fué una noche á su casa el autor del *Libro de los cantares*, y comenzó á leer un artículo que destinaba á *La Ilustración Española y Americana*, comentando en tono humorístico el discurso que valió al señor Echegaray la cartera de Fomento.

Aunque Trueba no tenía hiel, y es de presumir que su trabajo pecara poco de sangriento, no dejaba de ridiculizar aquello de la cabellera, que Echegaray decía haber encontrado, en un sitio donde suponía que estuvo el quemadero de la Inquisición, cuando en realidad no hubo allí en ningún tiempo más que un muladar. Eguílaz le escuchó en silencio, y cuando vió terminada la lectura preguntó á Trueba:

—¿Sabes cómo entré yo en el cuerpo de Archiveros Bibliotecarios?

Trueba sabía que el poeta desempeñaba un cargo en aquel cuerpo, pero nunca se le había ocurrido preguntar cómo lo obtuvo.

Entonces Eguílaz refirió que, encontrándose mal de intereses, porque los productos de las comedias habían disminuido mucho en los tiempos de la revolución, se resolvió á escribir á Echegaray, á quien no conocía, confiándole el secreto de sus apuros y rogándole que hiciera algo por mejorar su situación. La respuesta del ministro, pues ya lo era el que todavía no se había dado á conocer como gran poeta dramático, no se hizo esperar más que veinticuatro horas. Aprovechando la circunstancia de que el reglamento de dicho cuerpo reservaba entonces algunas plazas para los literatos que se hubieran distinguido, confirió al poeta una, dotada con seis mil pesetas de sueldo, y le envió la credencial acompañada de una carta cariñosísima.

A medida que Eguílaz, con verdadera emoción, hacía este relato, Trueba iba rompiendo sus cuartillas en menudos pedazos, y cuando el uno acabó de hablar y el otro de romper, los dos se confundieron en estrecho abrazo.

He querido recordar este episodio porque honra igualmente á Echegaray, á Eguílaz y á Trueba.

No logró el poeta, como acabo de decir, eximirse de esa fatalidad que condena á casi todos los españoles á ser empleados.

Él lo fué poco tiempo.

El destino que le dió el señor Echegaray lo desempeñó solamente tres ó cuatro años, ó sea hasta el 74 en que ocurrió su fallecimiento.

Antes el señor González Bravo, que tenía con él relaciones de amistad y le debía el favor de haberlo tenido oculto en su casa el tristemente célebre 22 de Junio de 1866, le había nombrado delegado del Gobierno cerca de la compañía de seguros *La Nacional*.

Este destino le duró próximamente dos años.

Aunque mi propósito al escribir estas siluetas sea dar á conocer á los hombres y no hacer el estudio crítico de sus obras, he de decir antes de dejar la pluma, solamente cuatro palabras sobre las comedias de Luis de Eguílaz.

El poeta que tuvo tan grande y repentina celebridad ha sido ya poco menos que relegado al olvido, por cierto con notoria injusticia.

Hoy la moral de sus comedias ha sido declarada casera y cursi por algunos sabios que guardan todos sus entusiasmos para las obras naturalistas, entendiendo por tales las que sólo retratan mujeres perdidas y hombres dignos del presidio, como si las costumbres de las gentes honradas y decentes no fueran tales costumbres, y no tuvieran bellezas ó no fuesen dignas de que se emplearan en retratarlas la pluma de los poetas.

Es como si los pintores buscaran exclusivamente sus modelos en las clínicas de los hospitales y se decidiese que las personas sanas y robustas no merecen los honores de que el pincel las reproduzca.

Eguílaz no consagró su talento á pintar enfermos. Sus comedias, especialmente las mejores, que son á mi juicio *Verdades amargas*, *Los soldados de plomo* y *La cruz del matrimonio* muestran una marcada tendencia moralizadora, en que el talento del autor le hizo evitar siempre el escollo del sermoneo. Especialmente las dos últimas tienen el inapreciable mérito de que con asuntos sencillísimos y muy pocos personajes, sin ninguna situación violenta, sin recursos de relumbrón, entretienen y conmue-

ven, dejando en el ánimo del que las escucha una sensación agradable y una lección provechosa.

Eguílaz profesaba la creencia de que el teatro puede y debe ser escuela de costumbres. Tal vez se equivocaba, por lo menos en cuanto al alcance de las lecciones que se dan desde el tablado, pero hay que reconocer que su error era generoso y procedía de un espíritu recto y un corazón noble.

Habilísimo en disponer los argumentos y preparar situaciones de efecto, logró componer dramas tan conmovedores como *La raquera de la Finojosa*, y zarzuelas tan interesantes como *El salto del pasiego* y *El molinero de Subiza*.

Su versificación era poco fluida, pero en cambio estaba cuajada de pensamientos elevados, expresados con propiedad, de suerte que siempre se grabarán en la memoria del público como otras tantas sentencias.

Cuando pintaba personajes históricos, sabía encontrar los acentos más nobles y los movimientos más adecuados. *Las querellas del rey sabio* lo demuestra.

* * *

El día 21 de Julio de 1874 falleció el poeta, á la temprana edad de cuarenta y cuatro años, después de larga y penosa dolencia, que soportó con resignación cristiana.

Sólo dejó en el mundo la memoria de sus virtudes y una niña de corta edad, habida en su matrimonio con la señora doña Rosa Renard, de apellido ilustre en las letras catalanas, con quien casó en una de sus excursiones á Barcelona.

Las dichas del matrimonio fueron para Eguílaz fugaces, porque su esposa falleció antes que él, cuando apenas había terminado su luna de miel.

¡Dios los tenga en su seno!

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

Mi álbum

EN UNA PANDERETA

PARA llevarte un recuerdo
de las costumbres de España
á la aterida Polonia
donde lloras por tu patria,
una alegre pandereta
por álbum fino me mandas,
tú, no mujer, más bien lirio,
rosa de thé, rosa blanca.

Por agradarte ¡oh mi reina!
corto un tallo de albáñaca,
cojo un nardo de una reja,
de una mantilla una franja,
de una corrida una moña,
una concha de una jarra,
un metálico platillo
de una andaluza parranda,
de un pañuelo de Manila
el fleco color de grana,
y haciendo que el sol brillante
sobre ellos vierta su llama,
de la alegre pandereta
los pongo entre las sonajas,
amarrados por la fibra
de una cuerda de guitarra.

LA VELADA

A UNA FUENTE MEDICINAL

Una región deliciosa
hay en el centro de España;
es Noblejas la preciosa,
y hay cerca de ella y de Ocaña
una fuente milagrosa.

En *Los Llanos*, que atraviesa
el Tajo con su hermosura
y los arrulla y los besa,
existe una inmensa altura
que con nubes se empavesa;

y en su ladera, en que choca
el río al ir resbalando
y las ramas verdes toca,
de las grietas de una roca
bajan mil gotas brillando.

Es la fuente cristalina
llena de rara virtud
á quien llamara divina
porque su seno ilumina
con el sol de la salud.

Bajo el ramaje frondoso
que le tiende verde toca,
vela el manantial precioso,
como en un aro de roca,
el milagro prodigioso.

Tiemblan á la luz del día
los claros hilos formando
musical algarabía,
y van las gotas cantando
un poema de alegría.

Bebed en esa corriente
que se desata entre abrojos,
que en su cristal transparente
retrata el cielo su frente
y Dios retrata sus ojos.

Bebed de esa vena rota,
enfermos de alma afligida,
bebed del agua que brota,
¡que va un minuto de vida
palpitando en cada gota!

EL TEATRO REAL

Ya la legión del arte detrás del amplio foro,
—*Hernani*, *Traviata*, *Ofelia*, *El Trovador*...—
sus túnicas se ciñen de púrpura y de oro
para salir cantando sus penas ó su amor.

Lohengrin, el caballero de la triunfante espada,
requiere el duro acero por la invencible cruz,
y viene sobre un cisne de pluma inmaculada
rasgando el haz del agua como un cendal de luz.

Norma en pasiones arde y á combatir se apresta
los daños que terribles se fraguan en su mal,
y deja oír en medio de la grandiosa orquesta
la exótica y vibrante campana de metal.

Ensaya *Rigoletto* la carcajada loca,
del rey, á quien divierte, como vasallo fiel,
y al par que salta y fluye la risa de su boca,
sobre sus labios tiemblan las lágrimas de hiel.

Y la infeliz *Lucía* con frases de ternura,
ó arrebatada y ciega, perturba su razón,
y lanza de sus labios el vals de la locura
mezclando en un diluvio de notas su pasión.



UN TRIBUNAL EN MARRUECOS

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

Enérgico en sus ímpetus, el indomable *Otelo* abriga ante *Desdémona* la duda pertinaz y quiere con sus iras estremecer al cielo lanzándose á un tormento más negro que su faz.

Sonámbula inocente suspira sin fortuna y en alas de la noche derrama su canción, visión enamorada de un rayo de la luna, sutil y vaporosa como una aparición.

La pura *Margarita*, que á la traición se fía, mira las ricas joyas feliz resplandecer, y ofusca su alma virgen la ardiente pedrería, y «¡Enrique, Enrique!» exclama ya próxima al no ser.

Carmen las castañuelas repica alborozada y sabe aires de España cantar con dulce son, y entre el amor y el vino, su vida disipada comparte con toreros que excitan su pasión.

Rindiendo el alma bella cual místico tributo y despreciando todo lo que su gloria fué; —«*Io credo in Dio!*» canta valiente *Poliuto* ardiendo en una hoguera de anhelos y de fe.

Selika vela el sueño de Vasco valeroso y como madre al niño le entona su cantar, y mueve el abanico espléndido y sedoso para que á gusto pase las horas del soñar.

Rossina, la gallarda, la alegre, la graciosa, habla con *Almaviva* de picaresco amor, y vence á la guitarra brillante y melodiosa de su adorada charla con el gentil primor.

Todos los personajes que concibió el ingenio é hicieron los poetas surgir de lo idéal, pasan entre las luces del lírico proscenio hablando con las notas del músico inmortal

En las doradas noches, á veces se oye inquieta la voz que tierna exhala su amor grande y sin fin; ¡es el feliz *Romeo* que canta con *Julieta* la escena de la alondra, la escala, y el jardín!

SALVADOR RUEDA.

Marruecos

POR

EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

La inmensa mayoría sólo lleva encima una holgada capa blanca, y sin embargo, ¡cuánta variedad ofrece la manera como la visten! Quién la lleva abierta, quién cerrada, éste echada á un lado, aquél sobre el hombro, estroto recogida, el de más allá suelta, pero todos puesta con garbo, con pliegues variados y pintorescos, cayendo en líneas fáciles y severas, como si la hubiese arreglado, ó mejor, cual quisiera saber arreglarla el artista más exigente. Todos tienen aire de antiguo senador romano. Esta mañana Ussi ha descubierto un maravilloso Marco Bruto en medio de un grupo de beduinos. Debo consignar que si no se tiene adquirida la costumbre, la capa por sí sola no basta para ennoblecer la figura: algunos de los nuestros hanse provisto de ella para el viaje, pero por más vueltas que le han dado, nunca han conseguido parecer más que viejecillos convalecientes envueltos en una sábana á la salida del baño.

* * *

Todavía no he logrado ver entre los árabes un giboso, ni un contrahecho, ni un raquíctico: en cambio abundan los que han perdido la nariz á consecuencia del morbo céltico, y son muchísimos los ciegos, y de éstos en gran número los que tienen huecas las cuencas de los ojos, espectáculo que me hace estremecer cada vez que considero que algunos lo deben á hallarse en vigor en el imperio la horrible pena del talón. Pero en cambio, en medio de tantas figuras extrañas y mortificantes, no se descubre una sola imperfección ridícula. Y es que los defectos insignificantes desaparecen bajo la holgura del



Moro con traje de gala

traje, del mismo modo que el grave continente y el color leñoso, téreo ó bronceado de las carnes, disimulan las huellas de los años. Así se explica que se encuentren á cada paso hombres de edad indefinible, de los cuales solamente puede decirse que no son viejos ni jóvenes, pues ó se juzgan ya en los últimos términos de la edad varonil, y una sonrisa fugaz revela inesperadamente el vigor de la juventud, ó se les considera jóvenes, y por debajo del capuchón asoman los mechones de su pelo gris.

* * *

Los hebreos de esta ciudad se parecen bastante, en cuanto á los rasgos de su fisonomía, á los de nuestro país; pero su estatura más elevada, su tez más morena, su pelo negro muy largo y, en especial, su traje pintoresco les comunican un aire completamente distinto. Consiste éste en una túnica parecida á nuestras batas, de diferentes colores, bien que oscura por punto general, que ciñen al talle por medio de una faja roja, una gorilla negra, calzón largo, que apenas asoma un palmo por debajo de la ueste, y pantuflas amarillas.

Es muy común encontrar entre ellos «elegantes» que usan riquísimas estofas, camisas bordadas, faja de seda,

cadenas y sortijas de oro; pero nada vistoso, más bien austero en el conjunto de su arreo, y haciendo gala de gracia y de dignidad señoril, de cuyas condiciones carecen, sin embargo, aquellos seres, verdaderamente desdichados, que á las prendas referidas han sustituido el sombrero cilíndrico y el gabán oscuro. Entre los niños se ven caritas preciosísimas, á pesar de que no cuadra á su edad la pequeña bata en que van envueltos. Los niños hebreos se me antojan aficionados de teatrillo estudiantil, vestidos para desempeñar el papel del protagonista en el juguete *La Campanilla del boticario*.

Me he convencido de que no hay exageración en lo que se dice respecto de la hermosura de las judías de Marruecos, pues realmente ofrecen un carácter especial que no existe en otro país. Es una belleza opulenta y espléndida, realzada por grandes ojos negros, nívea frente, boca purpurina, formas mórbidas y turgentes y contornos estatuarios: una belleza de escenario que deslumbra de lejos y que contemplada de cerca arranca más bien un aplauso que un suspiro. La mente goza representándosela entre los murrinos vasos y las tazas ceñidas de flores de antiquísimo festín, considerando que es su lugar más apropiado. Las hebreas de Tánger no visten en público su riquísimo traje tradicional: han adoptado últimamente las modas europeas, mostrando especial predilección por los colores chillones, como el azul napoleón, el rojo magenta, el amarillo de azufre y el verde alfalfa, de suerte que contempladas desde lejos, con sus chales y sus basquinas rabiosamente entonadas, semejan mujeres envueltas en los pabellones de todas las naciones del universo. Cuando en los sábados se pasa por las calles en que moran los judíos, vense en todas partes aquellos colores, aquellos semblantes bellísimos, aquellas miradas dulces e insinuantes, aquellas trenzas larguísima y de un negro aterciopelado, una exuberancia de juventud y belleza sensual, que contrasta extraordinariamente con el silencio y soledad de las demás calles.

Los rapazuelos árabes mueven á risa; pues mientras llegan á edad de poder usar la capa, van metidos en el capuchón de manera que parecen apagaluces andando. La mayor parte llevan la cabeza rapada como la palma de la mano, y sin más pelo que una delgada trencita de unos dos palmos, que les cae sobre el cogote: diríase dejada á posta para colgarlos de un clavo como los títeres de un teatrillo. Algunos la llevan junto á la oreja ó sobre la frente, acompañada de varios mechones cortados en forma de cuadrado ó de triángulo, distintivo del posteror nacido en la familia. La mayor parte tienen un rostro agradable, pálido, un cuerpecillo esbelto y airoso y una expresión de inteligencia precoz. En los sitios más frequentados en la ciudad nada dicen á los europeos: en las calles apartadas conténtanse con contemplarlos detenidamente, cual si quisieran decir:—No me agrada.

Los hay de seguro que se sienten con impulsos de soltar una fresca, pues se les lee la intención en la expresión de los ojos y hasta en la contracción de los labios. Con todo, cuidan muy bien de cerrarle el paso, no tanto por temor al nazareno, como por miedo al padre, que se tiene aprendido á lo que sabe la Legación. De todos modos la vista de una moneda apaga todos sus furores; mas guárdate muy bien cualquiera de tirarles de la colita. Ayer se la tiré al paso á un renacuajillo que no levantaba

dos palmos, y se me encaró iracundo pronunciando algunas palabras que no entendí, mas que, según me manifestó mi intérprete, significaban: «Permita Dios que se ase vivo tu abuelo, cristiano maldito.»

**

Por fin he conseguido ver dos santones, que tanto vale como decir idiotas ó locos, ya que en este país, como en toda la África septentrional, es venerado como santo todo aquel á quien Dios, en testimonio de su especial predilección, le ha quitado el juicio, para retenerlo prisionero en el cielo. El primero estaba delante de una tienda en la



El santón

calle Mayor. Distinguilo desde lejos y me detuve para contemplarlo; pues sabiendo que á los santones todo les es lícito, no quise exponerme á recibir un varazo que me doblara, como le aconteció á M. Sordeu, cónsul de Francia, ó un salivazo en el rostro, como le avino á sir Drummond-Hay. Pero el intérprete me tranquilizó diciéndome:

— No tenga su merced cuidado, que los santones de Tánger han puesto juicio, desde que las Legaciones les metieron en cintura, merced á algunas *razones convincentes*, y en todo caso los mismos árabes les servirían á usted de escudo para evitar que el santón se comprometiera.

Con estas seguridades pasé delante de aquel fantasma, y le observé atentamente. Era un viejo todo cara y barriga, cuyos larguísimos cabellos blancos le caían por la espalda, descendiéndole hasta la cintura su barba hirsuta y enmarañada: ceña aquéllos con una corona de papelón, llevaba un capisayo muy corto echado hacia

atrás, y con la mano derecha empuñaba un lanzón de punta dorada. Sentado en el duro suelo, con las piernas cruzadas y apoyado contra el muro, contemplaba á los viandantes con aire enojado. Paréme: me miró.

—Aquí es ella, dije para mí; ahora requiere la lanza.

Pero ésta tuvo juicio, y pude quedar maravillado ante la expresión tranquila é inteligente de aquellos ojos, y del rayo furtivo de redomada bellaquería que en ellos brillaba y que parecía decir: —Tú esperabas que yo te diera jeh? pues te has llevado chasco.

Indudablemente era uno de tantos impostores que se fingían locos para gozar las inmunidades y privilegios concedidos á los santones. Arrojé una moneda, que recogió con afectado descuido, y dirigíme hacia la plaza donde apenas llegado encontréme con otro. Éste era un santón de veras, ó sea un mulato, casi desnudo, apenas hombre en el rostro, hecho su cuerpo una lepra asquerosísima que de los piés á la cabeza le cubría, todo huesos y pellejo, hasta el punto de poderse contar uno á uno los de su esqueleto: milagro parecía que alentara. Daba vueltas por la plaza con lentitud extraordinaria, sosteniendo con no poca fatiga una bandera blanca que los muchachos se apresuraban á besar, en tanto que otro mendigo, al cual acompañaban dos músicos, que tañían rabiosamente un pífan y un tambor, pedía limosna para aquél, yendo de una á otra tienda. Pasé cerca, enseñóme el blanco de sus ojos: miréle, me miró: y como me pareciera que revolvía algo en el interior de su boca, larguéme más que de prisa sin volver siquiera la cabeza.

—Ha hecho su merced perfectamente en alejarse,—me dijo el intérprete,—porque si le hubiese escupido, no le quedaba más remedio que aguantar, ya que, lejos de compadecerle, habría de seguro oído decir á algunos árabes: «¡No te seques, afortunado cristiano! ¡No ocultes la señal de la benevolencia de Dios! ¡Dichoso tú que has alcanzado la ventura de que el santo te escupa á la cara!»

Traducido del italiano por
C. V. DE V.

(Continuará).

Mujer

(CONTINUACIÓN)

IV

CUANDO se mitigó la efusión y se disipó la repentina embriaguez, Ana y Alfonso sintieron una punzada en el espíritu; quedaban en pie dos cosas muy graves: el escándalo y su consecuencia, el duelo.

Alfonso comprendía ya la verdad de los hechos, y reconstruía la comedia representada en la infiusta tertulia. Deliberadamente, Ramiro le había marcado con sello profundo de ridiculez y vergüenza. El ademán, bien calculado para que pareciese lo que no era ni podía ser, bastaba: indeleble sobre el hombro casto de su esposa permanecía la mancha oscura. Cien traiciones secretas de Ana no le deshonrarían, y le deshonraba el inocentísimo y natural movimiento de la señora al volverse risueña hacia Ramiro Dávalos, cuando éste simulaba una familiaridad inconcebible. Lo habían visto; y nadie impediría que, visto, lo contasen, y que, contado,

recayese siempre como lluvia de cieno sobre la frente de los dos.

Pasando del salón al tocador, mientras Ana se quitaba sus galas y joyas, y las dejaba con tedio sobre el diván circular, y se ponía aprisa una bata de lana blanca, floja, los esposos trocaban palabras de zozobra y pena, referentes al conflicto.

—No es posible coger persona por persona y enterarlas de lo que hay.

—No, y aunque las enterásemos, no lo creerían, ó harían como si no lo creyesen.

—¡En lo que estriba la buena fama de una mujer! ¿Sabes tú, Fonsin, que es cosa que da que pensar mucho? Parece una invención sutil para fastidiar al género humano eso de la fama... ¡Fama! Las cosas ciertas, realísimas, tal cual son, sólo el de arriba las sabe.

—Hija, sí, pero en el mundo vivimos, y á sus usos ó sus preocupaciones ó sus tontunas tenemos á veces que allanarnos...

—No digo que no, y con todo... en el caso presente...

Abrochándose los últimos botones de la bata, con los brazos desnudos en las perdidas mangas orladas de espumoso encaje, los pies todavía presos en el elegante zapatito gris, Ana se sentó al lado de Alfonso, le puso ambas manos en los hombros, y resueltamente le preguntó:

—¿Qué has tenido tú con Ramiro? Quiero saberlo. Es de rigor que me lo digas.

—¡Ay, Nitis! Déjame en paz... Una historia vieja. Le agravíe...

—¿A él mismo?

—Es igual... A... otra persona... á quien él tenía obligación de defender: para que veas, eso lo reconozco.

—¿A... otra persona? Ramiro es soltero, huérfano de madre... ¿A cuál de las hermanas?

—¿Qué más da? Yo no debo contarte estas cosas, nena rica...

—¿Que no debes contármelas á mí? Pues se las contarás al Gran Turco... No estamos para bromas: en resumen, tú ofendiste á Ramiro en su hermana... ¿Y él, qué hizo? ¿Te desafió?

Alfonso volvió la cabeza por no arrostrar los ojos leales de Ana. Sintió que aquellos ojos le miraban desde muy alto.

—No me desafió... al contrario... dijo que esperaría, que aplazaba la satisfacción. ¿Qué te parece de eso?

Ana meditó un poco.

—Me parece tan bien... que por eso solo formo el concepto de que Ramiro Dávalos no es ningún monigote. No quiso que fuese su hermana, sino tu mujer, la que anduviese en lenguas de la gente. Y lo ha conseguido de plano. La jugada es segurísima, Fonso mío; es redonda.

—¡La jugada es de un canalla! exclamó la Cueva levantándose violentamente.

—¡No por cierto! replicó la señora con mayor energía. Hay casos de guerra en que todo es lícito. ¡Caramba! Ya que la sociedad nos ha colocado á las pobres mujeres en tan difícil situación, á los que tenéis encargo de mirar por nosotras no os basta el valor, sino que necesitáis la astucia; tenéis que ser algo así... como generales que sostienen una plaza contra enemigos sin número. Los pecados los castiga Dios; pero el mundo voy viendo que sólo castiga las imprecisiones y las torpezas. ¡Digalo el caso presente! Yo que nada malo hice, pago las ajenas culpas, y vé tú á convencer al público de que...

Ni intentarse debe, pronunció sombríamente Alfonso, cuya voz volvió á sonar dura y agria. Sólo un re-

medio hay para tapar la boca á los murmuradores, que mañana andarán por ahí dando un cuarto al pregonero á cuenta mía y tuya. A bien que no está en Roma el remedio...

—¿Qué remedio es ese? preguntó Ana, ansiosa, inmutadísima, echando los brazos á su esposo.

—¡Bah! Hija, es bufo que esté hablando contigo de estas cuestiones... Necesito dormir, y tú también. Que descanses.

No tuvo tiempo Ana de detener á su marido: tan rápidamente se zafó, y tan á la carrera desapareció por el pasillo que conducía á su despacho y dormitorio, cerrando con llave. La señora llamó á la puerta, primero muy suave, luego fuerte. Silencio dentro. Ana sintió algo parecido á humillación, y receló de que los criados acudiesen y se enterasen. Agobiada de inquietud y tristeza, volvió á su tocador. Ardían las bujías color de rosa, y un ramo de crisántemos blancos languidecía al borde de la psiquis. Ana se desnudó maquinalmente, y trocó su camisa de vestir por la de dormir, que la doncella había extendido sobre la cama. Tiritaba, y creyendo que era de frío, se deslizó entre las sábanas y se acurrucó bajo el inmenso edredón de seda. Cerró los ojos, y al punto su valeroso espíritu formuló el problema con precisión terrible. El remedio único y soberano á que Alfonso había aludido, ¿cuál podía ser? Que Alfonso matase á Ramiro ó Ramiro á Alfonso... Si el escándalo de la tertulia era imposible de borrar, la muerte del ofensor ó del ofendido bastaba, según las ideas admitidas en sociedad, para ahogar la risa mofadora y convertir en respeto el desdén... Todo era, en este caso, como en otros muchos, extraño é ilógico, ante el pensador, ante el hombre que raciocina; pero dado que no había de dirimir la cuestión un individuo que pensase rectamente, sino el conjunto de personas que forman la entidad llamada *mundo*, había que someterse, como á legislación de país salvaje, á la rutina tradicional... En el fondo de la historia latía algo que reclamaba sangre: la falsa apariencia pública respondía de la realidad secretísima, por nadie sospechada: el absurdo tenía su base, y el más paciente y sagaz de los dos enemigos había ganado la partida, pues vivo ó muerto, su honor social, gracias á una aberración de ideas, á un cuerpo de doctrinas anticristianas, quedaba incólume.

De todas maneras, lo secundario era el porqué del duelo á muerte; lo de menos, aquella especie de involuntaria admiración que Ana sentía ante la perseverancia y el acerado temple de alma de Ramiro Dávalos. Lo esencial, que su Alfonso, su marido, su amor, tenía que jugarse la vida, exponer al cañón de una pistola la frente y el pecho, recibir una cuarta de hierro en el corazón tal vez. La idea del peligro se presentó de repente, pavorosa, envuelta en visiones de espanto, que acosaban á Ana por medio de reminiscencias literarias y artísticas, escenas de dramas, tragedias y óperas; veíase cual otra *Valentina* de los *Hugonotes* corriendo á salvar á Raúl; y también un cuadro de pintor contemporáneo, *El duelo interrumpido*, se destacaba ante sus ojos, ó mejor dicho, dentro de su fantasía: ella misma, Ana, la hija del opulento Monclarés, en traje de baile, descotada, corría con zapatos de raso gris por la hierba húmeda, á la hora del amanecer, hacia un claro del bosque: mientras apretaba el paso, oía con horror dos palmadas, y luego una detonación, repercutida por el eco... Quería gritar, y en su garganta no se formaba sonido alguno... Apresurábase más, jadeando, y sobre la hierba divisaba tendido á un hombre... ¡Qué asombro! No era Alfonso, ¡era Dávalos! Una gran placa

de sangre se extendía, al lado izquierdo, por la chamuscada camisa... Y Ana, en vez de regocijarse, lloraba, lloraba lentamente, y sus lágrimas se confundían con la sangre y la borrasan, y mientras Dávalos abría los ojos y sonreía y la miraba con adoración, Alfonso recogía cortésamente del suelo un abanico de pluma.

La señora, sudando, anhelosa, se enderezó en el lecho.

—¡Vaya una manera de soñar! ¡Y qué de absurdos! Serenémonos... Hoy, ¿quién duerme en paz? Yo no quiero que á Alfonso me lo maten. No sé lo que haré, pero he de impedirlo. ¡Señor, Dios mío, alumbra mi razón! A él no le pido que no se bata; en primer lugar, sería quitarle la serenidad que necesita; y en segundo... verdaderamente ¿qué ha de hacer Alfonso? no va á darle al otro excusas, después de la gracia de anoche. Ni el otro las admitiría... Ni á mí me gustaría que Alfonso las diese... ¿Qué harás, Ana? Pues tampoco es cosa de ir, como en los dramas, muy rebozada en un velo á casa del adversario de mi marido... ¡Sólo faltaría! No perdamos la brújula... Hay un recurso; es muy vulgar, muy chabacano, muy tonto... pero surte efecto... á veces... Por desgracia... aquí no lo surtirá; sólo vale para casos en que no tienen ganas de verse frente á frente los duelistas... Y si Dávalos es vengativo, Alfonso no se ha de quedar atrás en ningún terreno; eso lo sé yo de sobra... Alfonso irá adónde le quieran llevar, é irá de frente; irá al límite. De casta le viene... ¡Un la Cueva!

En medio de su agitación horrible, Ana saboreó cierto pueril orgullo recordando la hidalgia alcurnia de su esposo y enlazando esta idea con otras de dignidad y bizarría. Por las cortinas del gabinete contiguo á la alcoba se filtraba tenue rayito de claridad. La señora saltó de la cama, abrió las ventanas, volvió el grifo de su lavabo, y se lavó á chapuz el rostro y los encendidos ojos; recogióse el pelo sencillamente; se vistió un traje de mañana corto, de paño liso; sacó del armario el Eucologio, el rosario y el gran velo de encaje, y se envolvió en él la cabeza, sin dejarlo pasar de los hombros, recogiéndola bajo la garganta con un trébol de rubíes. Había calculado que el velo, colocado así, puede bajarse sombreando la cara, y tapar unos párpados cuyo matiz rojizo delata el insomnio y la aflicción.

Estos preparativos de tocador no se hicieron tan aprisa que los criados no empezasen ya á rebullirse por la casa adelante, y que no se oyesen en el patio interior resonar patadas de los caballos, que el cochero lavaba y almohababa fuerte, pasos calmosos por el piso bajo y la cocina, y los primeros campanillazos tímidos de los proveedores, que madrugan á fin de no estorbar y dejar entregada su mercancía antes que empiece la faena del aseo de habitaciones y preparativos de almuerzo. La doncella debió de percibir que algo extraño sucedía en el cuarto de la señora: por su parte el ayuda de cámara acudía al del señor, que ya estaba en pie, con batín, pero bien calzado y muy atusado de pelo. «Estas cartas al señor brigadier Antequera y al señorito Donato Cármenes... Ya estás allá. Que les despierten si duermen.»

Regino salió escapado, no sin pensar para su americana:

—¡Vaya un humor y un gesto que se trae hoy mi señorito!

Por su parte la doncella, con el tono de extrañeza de un aya púdica que ve á una miss echar los pies por alto, decía á la esposa de Alfonso:

—¿Sale tan temprano la señora? ¿No quiere la señora que enganchen?

—Si quisiera lo mandaría, respondió impaciente la dama, mientras llenaba de dinero la bolsita de felpa y

gamuza, y tendía la pierna para dejar abotonar las botas de suela doble. Minutos después bajaba la escalera sin ruido, y llegada á la esquina de la calle, observando que ya no podían verla desde las ventanas de su hotel, llamaba á un simón y saltaba dentro, diciendo al soñoliento auriga:

—A casa del señor Gobernador de Madrid.

EMILIA PARDO BAZAN.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Luis de Eguílaz

DIBUJO DE J. DIÉGUEZ

Véase *Siluetas modernas*.

Un tribunal en Marruecos

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

Por muchos años ha permanecido en el imperio marroquí nuestro paisano el distinguido artista Tomás Moragas, acompañándole en algunas ocasiones el malogrado Mariano Fortuny, puesto que los dos artistas eran amigos inseparables. Dotados ambos de potente imaginación, les gustaba ocupar el pincel en la reproducción de escenas y de tipos árabes en los cuales pudiese hacer alarde de la mayor magnificencia en el colorido. El cuadro que damos en este número, original de Tomás Moragas, aun desprovisto del color, comprueba lo que hemos dicho, puesto que la escenografía que es grandiosa y rica, la disposición de los grupos, la holgura oriental de los trajes, los tipos de todos los personajes marroquíes presentan la magnificencia á que hemos aludido antes, y que era tan del gusto de Fortuny y de su amigo Moragas.

Representa el grabado, que ofrece interés de actualidad por causa de los asuntos de Melilla, una sesión del Tribunal de Tafilete en Marruecos. Reúnense este tribunal varias veces al mes, en el patio de un edificio enriquecido con variadísimos adornos arquitectónicos, siguiendo la costumbre tan repetida entre los orientales de administrar justicia en sitio abierto, á la vista de todos. Sentados y con las piernas cruzadas sobre la alfombra sagrada hay allí algunos hombres, de enjutas carnes, rostro fiero, acentuado color moreno, mirada penetrante y cubiertos con el blanco albornoz que forma marcado contraste con las caras atezadas. Son los *cadi*s ó jueces que constituyen el tribunal. Delante de la alfombra encuéntrase acurrucado el demandante ó querellante que presenta sus quejas ó su acusación. Escúchanle los *cadi*s y cuando ha concluído de hablar interrogan al acusado. En las demandas se exige que vengan acompañadas de pruebas que no dejen duda acerca de la culpabilidad del acusado, y de ahí que pocas veces en los tribunales marroquíes deba darse lugar al interrogatorio de testigos. Deliberan los jueces breve rato y el superior entre ellos pronuncia la sentencia, que se ejecuta acto continuo.

Cuando se trata de crímenes de asesinato, robo ó hurto asiste el acusado con las manos metidas en una tabla, á modo de esposas, ó mejor de cepo, según se ve en el cuadro de Moragas. Guardan al acusado jinetes vestidos con el pintoresco traje de las tribus de Marruecos. Encima del tapiz se ve en nuestro cuadro un albornoz ensangrentado, porque, en lo posible, exigen las leyes marroquíes también que el cuerpo del delito se ponga á la vista del Tribunal. Pronunciada la sentencia se ejecuta en seguida, conforme hemos dicho antes. El cuadro del reputado pintor catalán presenta la escena con extraordinaria verdad, resultado de los muchos estudios que hizo en Marruecos y de haber observado atentamente las costumbres de un pueblo, que hasta el día se ha mostrado refractario á la civilización europea, conservando sentimientos y hábitos que parecen de los tiempos de mayor ferocidad y rudeza de los secuaces de Mahoma, en sus distintas ramificaciones.



Una revista científica alemana ha publicado recientemente las siguientes consideraciones prácticas y estéticas que deben tenerse en cuenta cuando se trata de fundar una población:

1.º La circulación en una ciudad exige la existencia

de calles radiales, circulares, diagonales y laterales, así como también plazas y travesías. Las calles deben ser en lo posible á nivel y su anchura suficiente atendida la circulación.

2.º Conviene regularizar las manzanas de casas limitadas por las calles, de suerte que se presten á la construcción, y por consiguiente suprimir los ángulos agudos. En cada una de las manzanas de casas las separaciones deben hacerse de un modo normal con respecto á las calles. El plano general debe también tener en cuenta que las manzanas han de ser de distinta extensión, según convenga levantar en ellas casas particulares, palacios, casas de comercio ó casas para obreros.

3.º Bajo el punto de vista sanitario, debe estar la ciudad ó pueblo al abrigo de toda inundación y el subsuelo desecado; ha de procurarse una buena canalización subterránea para el desagüe de las aguas pluviales y las procedentes de las casas y fábricas al propio tiempo que una perfecta distribución de agua potable. Por lo que respecta á la iluminación natural, conviene que las calles estén bien orientadas y que sean suficientemente anchas: particularmente cuando se trate de la subdivisión de manzanas no debe olvidarse esta consideración. En cuanto al alumbrado artificial es preciso dar la preferencia á la electricidad. La buena circulación del aire puro exige, además de lo dicho con respecto á la orientación y anchura de las calles, la formación de plazas y jardines particulares, de barrios donde sólo haya casas aisladas y las plantaciones de árboles en las calles y plazas. Las industrias que ofrezcan algún peligro para la salud pública deben instalarse en barrios especiales apartados del centro de aglomeración. Bajo el punto de vista estético, las calles no deben ser demasiado largas, las rectas deben alternar con las oblicuas. También conviene evitar que las calles resulten demasiado anchas y desiertas y procurar su adorno por medio de plantaciones de árboles y monumentos artísticos. En las plazas se ha de huir en lo posible de las superficies convexas y de construirlas demasiado grandes y vacías. Han de ponerse á su alrededor buenas vías para el tránsito rodado.

Para que resulten convenientemente armonizadas las calles y plazas con las construcciones, es preciso aplicar las siguientes reglas: la anchura de la calle no debe ser inferior á la altura de las casas; los edificios importantes deben estar en pequeñas plazas; los monumentos públicos han de construirse en los sitios más elevados y con preferencia en el eje de una ó más calles, evitando, no obstante, que sean un estorbo para la circulación. Por último, no conviene prodigar estatuas ó otros adornos artísticos en el centro de las plazas, si no más bien repartirlas por los extremos de las mismas.

* * *

En cierto día de feria, como Xanto tuviera deseos de obsequiar á algunos de sus amigos, encargó á Esopo que comprara lo mejor que encontrase y sólo lo mejor. —Te enseñaré, dijo el frigio para sus adentros, á escoger lo que deseas, sin que tengas necesidad de fiarte de la discreción de un esclavo. Y así fué en efecto; sólo compró lenguas y las preparó con toda clase de salsas. Los invitados elogiaron al principio el acierto en la elección de plato tan escogido, pero al último se fastidieron.—Pues no te he encargado que compraras lo mejor que hubiese? —Y por ventura hay otra cosa mejor que la lengua? repuso Esopo. Ella es el lazo de la vida civil, la llave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón; ella hace construir las ciudades y las civiliza; por ella

se persuade y se domina en los comicios; con ella se cumple con el primero de todos los deberes cual es el de alabar á los dioses. — Pues bien, dijo Xanto, que quería chasquearle, mañana me comprarás lo peor: los mismos señores vendrán á comer y quiero variar por completo la comida. Al día siguiente Esopo les sirvió los mismos platos del día anterior, diciendo que la lengua es lo peor que hay en el mundo.—Ella es la madre de todas las riñas y pendencias, la nodriza de los procesos, y el manantial de las divisiones y las guerras. Es cierto que es el órgano de la verdad, pero también lo es del error y lo que es peor todavía, de la calumnia. Por ella se destruyen las ciudades y se mueve á las gentes á toda clase de cosas malas.

Antífano refiere que existe una ciudad en la que las palabras se helaban á causa del mucho frío que allá reinaba, y que cuando llegaba la época de los calores se derretían, oyendo de esta suerte en verano lo que se había dicho durante el invierno. Lo mismo acontece con las lecciones que un filósofo da á sus jóvenes discípulos que no son oídas hasta que han entrado ya aquellos en la edad madura.

Se acusaba al pintor Zeuxis de trabajar con demasiada lentitud.—Es verdad, solía replicar, necesito mucho tiempo para pintar, pero pinto para mucho tiempo.

Prometió un letrado á un labrador, si le daba un doblón, de enseñarle á pleitear y que siempre venciese; prometióselo el labrador, y el letrado dijo:—Pues niega siempre y vencerás. Pidióle el doblón prometido, y el labrador respondió:—Niego habéroslo prometido.

Cayó un médico de una mula y, obligándole el dolor á quejarse, dijo para su consuelo:—Así como así me iba á appear.

Habiéndose occasionado gran riña en el juego entre don Gabriel Zapata y otro caballero, éste envió muy de mañana á decir á Zapata que le esperaba en tal lugar á las seis de la mañana para refir con él.—¡Cómo! respondió Zapata, decid á quien os envía, que para mis placeres no acostumbro á levantarme hasta las once; que juzgue si querré levantarme á las seis sólo para matarme con él.

Preguntóle uno á otro que había estado ausente:—¿Ya ha venido usted?—Y respondió:—No señor, pero me estoy esperando.

Suelen encontrarse muchas dificultades en el verano para conservar el caldo de un día para otro, pues se agria hasta en las mejores despensas, y en la cueva toma casi siempre mal gusto. El medio seguro y sencillo con que puede mantenerse bien aun en medio de los grandes calores, es hacerlo hervir por la mañana y por la tarde; pero como se concentra á cada ebullición, será preciso no salarlo mucho en la olla.

Para prevenir, en medio de los grandes calores, la putrefacción de la carne, se deja zambullida en leche cuajada, con lo que se pone tierna y toma un sabor mucho más delicado.

Se puede también, conforme á los guisados para que se destina la carne, ponerla en maceración con vinagre por espacio de cuarenta y ocho horas.

El que dirige sus esfuerzos á distinguirse de los demás sin emplear la calumnia, aumenta la prosperidad del Estado; por el contrario el envidioso que cuenta menos con sus propias fuerzas que con los obstáculos que opone á sus competidores desanimando á los demás con injustas censuras, privando por este modo al Estado de la noble ambición de la virtud, destruye, cuanto destruir puede por su parte, el honor de su patria.—PLATÓN.

Julio César, con sus larguezas, excitó la codicia de los soldados sin satisfacerla; de esta suerte facilitó el camino, no á la equidad civil y á la igualdad cristiana, sino á la creación de los pretorianos, dispuestos á vender el imperio más bien que á defenderle, y más tarde, á causa de las intestinas guerras, estas milicias corrompidas provocaron la invasión de los bárbaros y el imperio se derrumbó.—TOMMASEO.

Los verdaderos consuelos se encuentran en la energía de nuestro corazón y en la firmeza de nuestras convicciones; no en los pésames con frecuencia triviales que recibimos de las gentes.—ANNIBAL CARO.

La inteligencia, al igual que la belleza, son un peligro cuando están al servicio de la corrupción.—TOMMASEO.

Vemos con frecuencia la felicidad en la realización de insensatos deseos, sin que se nos alcance que de este modo deseamos nuestra ruina.—CASTI.



Soluciones al número anterior:

Al bifronte:

AMOR—ROMA

A la carta charadística:

A-VE-LI-NA

Al jeroglífico

CADA CUAL PROCURA TRER EL AGUA Á SU MOLINO

CHÁRADAS ENLAZADAS

Una PRIMA tercia echó
en una gran todo un TODO,
y á TERCIA DOS con buen modo
á pasear invitó.

Prima DOS sé que gustó
esa acción tan lisonjera;
después se fué á tres PRIMERA
al pie de una TERCIA tres
con muchísimo interés
para sembrar dos TERCERA.

ANGEL SUERO

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7
6	1	2	5	5	4	
3	4	5	4			
7	6	5	6			
3	4	5				
5	6					
						3

1.^a línea, nombre de varón; 2.^a, adorno; 3.^a, descubridor; 4.^a, habitación; 5.^a, planta; 6.^a, nota musical; 7.^a, consonante.

JULIÁN ITURBE, de Barcelona.

TERCIO DE SÍLABAS

Sustituir los puntos con letras, de manera que, leídas las líneas horizontal y verticalmente, den los siguientes resultados: 1.^a, nombre de varón; 2.^a, provincia española; 3.^a, artículo de alfarería (en plural)

LUIS RIBÉ, de Reus.

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

VERSIÓN CASTELLANA

por Cayetano Vidal de Valenciano

Obra profusamente ilustrada con láminas sueltas, en cromo y en negro, y numerosos grabados intercalados en el texto, apuntes del natural, que son reproducción fidelísima de monumentos, ciudades, armas, tipos y costumbres de lo más notable del imperio de Marruecos.
Esta obra vale 12 pesetas en rústica y 16,50 ricamente encuadrada.

Zarzaparrilla

del Dr. AYER

Purifica la sangre

Abre el apetito

Fortalece á los débiles

y expulsa las materias nocivas del cuerpo, restableciendo la acción natural y saludable en la piel, en los nervios y glándulas, reconstituyendo las fuerzas debilitadas por enfermedades y toda clase de excesos.

La ZARZAPARRILLA

del Dr. AYER

Ha curado á otros, le curará á usted

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Póngase en guardia contra imitaciones espúreas.—El nombre de "Ayer's Sarsaparilla"—figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

VELUTINA REAL MARÍA CRISTINA

Y LA MARAVILLA DEL SIGLO

Polvos de flor de arroz, extrafinos, adherentes, invisibles e infusivos, preparados por B. RICHARD, París.
Véndense en las principales perfumerías.

Depositario: JAIME FORTEZA. — Barcelona

CRISTÓBAL COLÓN

SU VIDA — SUS VIAJES — SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candejas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATÓLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARIILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJIAS esteáticas y transparentes, blancas y en colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

POR ENRIQUE LASSERE

Consta de un voluminoso tomo, siendo su precio 32 pesetas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores e industriales, que recibirá y encaminara á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.